2791

Gabriel Merino y Celso Lucio

Los cuatro palos

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

6

LOS CUATRO PALOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CUATRO PALOS

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Gabriel Merino y Celso Lucio

Estrenado en el TEATRO LARA el 24 de Diciembre de 1902

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1903

AL SEÑOR

Don Carlos Luna

en testimonio de consideración y afecto de sus buenos amigos

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA GENOVEVA	SRA. VALVERDE.
DOÑA TERESA	SRTA. ALBA.
ASUNCIÓN	ZIUB.
RUFINA	RODRÍGUEZ.
CONVIDADA 1.ª	REIG.
IDEM 2.ª	BLANCO.
IDEM 3.ª	ROMERO (A.)
IDEM 4.ª	ROMERO (B.)
DON JUAN	SR. RODRÍGUEZ.
DON INDALECIO	SANTIAGO.
RIGOBERTO	CALLE.
ANTOLÍN	BARRAYCOA.
MELITÓN	PACHECO.
UN CRIADO	ALEMÁN.
CONVIDADO 1.º	CANTALAPIEDRA.
IDEM 2.º	FERNÁNDEZ.
IDEM 3.º	ZORRILLA.
IDEM 4.º	TEJERO.

La acción en un pueblo.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Jardín. A la izquierda, primero y segundo término, dos puertas que se supone dan acceso á las habitaciones. A la derecha, primer término, una puerta ancha que conduce a los talleres de la fábrica. Sobre esta puerta un rótulo que dice: «Los cuatro palos.—Fábrica de naipes.» En el segundo término de esta misma lateral, una ventana.

ESCENA PRIMERA

RUFINA y MELITÓN, ella corriendo de derecha á izquierda. MELITÓN persiguiéndola

MEL. Vamos, mujer, no seas esquivia.

RUF. Es que tú te estás volviendo mu atrevío.

MEL. Pero tú, ¿por qué crees que te persigo?

RUF. Me lo figuro

MEL. Pos ni más ni menos que porque quiero darte un abrazo.

RUF. Ya te he dicho que cuando nos casemos.

MEL. Pos haste cuenta que nos hemos casao ya, porque el prometío de la señorita, el hermano de doña Teresa, acaba de llegar y yo lo he visto.

RUF. ¿Con que ya está aquí don Rigoberto? Pues menudo conflicto.

MEL. ¿Conflicto? ¿Pues no me has dicho tú que la señorita te ha prometío que en cuanto ella se case nos casa á nosotros?

671226

RUF. Sí que te lo he dicho; pero es que tú no sabes que la señorita quiere á otro.

MEL. ¿Ya?

RUF. Y que es posible que por eso se desbarate la boda con el americano y que tengamos que esperar.

MEL. Eso sí que no; yo no espero más. Mañana mismo se lo digo al amo pa que me arregle la custión de los papeles... digo, si es que tú no quieres también á otro.

RUF. No seas bruto; si la señorita no quiere á otro; quiere á uno sólo, á don Antolín.

MEL. ¿Al que pinta las barajas?

RUF. Al mismo. ¿Cómo no te has fijao?

MEL. Calla, pues ahora caigo: el otro día estaban juntitos, y al acercarme yo, la señorita echó á correr y él se guardó un papel. ¿Y sabes lo que me dijo él luego? Pues que la estaba enseñando un croquis. Yo me callé, porque no sabía lo que era eso, pero ahora lo comprendo. (Riendo maliciosamente) ¡Miá tú un croquis!

RUF. Bueno, ¿y qué te ha dicho doña Teresa?

MEL. Pues que dentro de un rato está aquí con su hermano pa saludar á los señores.

RUF. Vaya un disgusto pa la señorita. Gracias á que ella no se amilana.

MEL. (Mirando por la primera izquierda.) Ahí salen los amos.

RUF. Pues hasta luego.

MEL. No, hasta mañana, porque mientras llego á la estación con el carro, cargo las resmas, si es que han llegado, y vuelvo..

RUF. Y te entretienes con alguna moza...

MEL. ¿Con una moza yo? Pa mí no hay más moza que mi Rufina...

RUF. ¡Adios, zalamerote!

MEL. Adiós, morrocotuda. ¡Y ríete tú del croquis de don Antolín! (Mutis. Melitón foro derecha y Rufina por la puerta de la fábrica.)

ESCENA II

GENOVEVA y JUAN

JUAN Los oros, Villaverde; las espadas, Weyler; las copas, Montilla y los bastos, Canalejas. ¿Qué te parece?

GEN. Que te la recogerán como la otra.

JUAN Es que aquello fué una arbitrariedad. Se empeñaron en que el rey de bastos se parecía á Aguilera, y el fiscal me la denunció: pero yo me he propuesto hacer una baraja política y lo he de conseguir.

GEN. ¿Y por qué ese empeño?

JUAN Porque quiero que el público juegue con los hombres políticos; que bastante juegan ellos con el público.

GEN. Sí, en eso tienes razón.

JUAN Figúrate tú el gusto que dará acusarlas cuarenta á Silvela y á Maura, ó dar codillo á Villaverde ó jugar á la mona con Weyler.

GEN. Bueno; pero con esas monomanías tuyas, te olvidas de lo que nos interesa. Ya sabes que hoy llega el prometido de la niña y qué seguramente vendrán hoy mismo á pedir su mano. Es preciso que nos decidamos.

JUAN ¿Pero no está ya decidido? ¿No nos ha dicho doña Teresa que su hermano es una persona formal que ha realizado una fortuna en América y que quiere casarse con nuestra hija? ¿No sabes que á mí me parece muy bien el proyecto?

GEN. Y á mí igual; pero como tú con los trabajos de la fábrica no te ocupas de lo que ocurre en casa, ignoras que Antolín está haciendo el amor á nuestra hija.

JUAN ¿El?... ¿Osa?... No puede ser.

GEN. Pues osa, sí, señor, osa. Y lo peor es que Asunción no es indiferente á esas osadías.

JUAN Demonio; pues ahora comprendo la coincidencia.

GEN. ¿Qué coincidencia?

JUAN Que en el nuevo modelo de barajas que se está tirando todas las figuras se parecían á nuestra hija de un modo exacto.

GEN. ¿Qué me dices?

JUAN Lo que oyes: la cara era un retrato de Asunción. Como que hubo que hacer un dibujo nuevo

GEN. Pues ya ves si eso es motivo más que suficiente, para que hables en serio á ese títere.

JUAN Afortunadamente, no creo que haya motivo para alarmarse. Y en último extremo con despedir á Antolín y precipitar la boda de Asunción con Rigoberto, cortamos por lo sano.

GEN. ¿Pero olvidas que Antolín es recomendado de tu hermana Rita y que esa determinación te ocasionaría un disgusto con ella?

JUAN Sí; ya sé que mi hermana Rita tiene mucho interés por Antolín y hasta me ha indicado algunas veces la conveniencia de casarle con Asunción para que algún día se pusiera al frente de mi fábrica; pero, es que ella no sabe que tenemos para la niña otro partido mucho más ventajoso. Antolín es un buen muchacho, pero tiene un defecto capital, y es, que no tiene capital más que ese defecto precisamente.

GEN. En cambio Rigoberto es muy rico.

JUAN Segun dice su hermana, riquísimo. Y aquí, más que en ninguna parte, oros son triunfos.

GEN. Para chasco que Antolín haya trastornado á la chica, y nos haga quedar mal.

JUAN Pues, mira, vamos á salir de dudas. Llámala.

GEN. ¡Asunción! (Llamando á la primera izquierda.)

ASUN. (Dentro.) Voy, mamá.

GEN. No creo que ella se oponga á nuestros mandatos; pero de todos modos es conveniente hacerla sentir la autoridad paterna.

JUAN ¿La autoridad paterna? ¿Ha llegado el caso de ejercer mi autoridad? Pues ahora verás una autoridad, y un padre. (Muy decidido.)

ESCENA III

DICHOS y ASUNCIÓN por la primera izquierda.

ASUN. ¿Llamabas, mamá?

JUAN Sí; hija mía; te llamamos porque precisamente estábamos tratando de algo que te interesa mucho.

ASUN. (Aparte.) (¡Dios mío! ¿les habrá hablado ya Antolín?)

GEN. Nos ocupábamos de tu porvenir.

ASUN. ¿De mi porvenir?

GEN. O lo que es lo mismo, de tu matrimonio, porque el matrimonio es el porvenir de la mujer.

JUAN Justamente; así como el porvenir del hombre se acaba con el matrimonio.

GEN. ¿Eh?

JUAN Nada, nada; ya sabes que pensando en tu felicidad te hemos buscado un novio que es un gran partido.

ASUN. Sí, ya lo sé; pero yo, pensando en lo mismo, me había encargado ya de buscarle.

JUAN ¿Tú?

ASUN. Naturalmente; como que eso es obligación de la interesada y no de los padres, porque, después de todo, no son ellos los que han de casarse.

GEN. Pero se necesita su permiso.

ASUN. Eso es luego; lo primero es tener el novio.

JUAN No, señora.

ASUN. ¿Cómo que no? Cuando alguien trata de mudarse, por ejemplo, primero busca la habitación y después habla con el casero.

GEN. Pero, niña...

JUAN Es que aquí no se trata de una mudanza.

ASUN. Pues es una cosa muy parecida, porque el que se casa muda de estado, y el matrimonio es una especie de arrendamiento mutuo. Marido y mujer han sido antes de casarse dos cuartos con papeles en los balcones. Se han visto, han convenido las condiciones

respectivas de cada uno, se ha hablado á los presuntos suegros, que vienen á ser los caseros, y se firma el contrato, entrando la mujer á ocupar el corazón del hombre y el hombre á instalarse en el corazón de la mujer.

GEN. ¿Qué te parece? (A Juan.)

JUAN Una fresca. ¿Pero quién te ha enseñado todo eso?

ASUN. Antolín.

JUAN ¡Vamos, ya salió Antolín!... Me parece que voy á aceptar el papel de casero que acabas de repartirme y voy á proceder al desahucio de ese muchacho, aunque tenga fianza, mes adelantado y fiador de casa abierta.

ASUN. ¡Quiá! Tú no harás eso.

JUAN ¿Que no? Nuestra posición exige para tí un hombre de capital y no un infeliz que no tiene más que el producto de su trabajo.

ASUN. Llevando yo un buen dote, no necesitamos más.

GEN. Eso es; y tú crees que Antolín consentirá en vivir de lo tuyo sin aportar él nada al matrimonio.

ASUN. Vaya si se conforma.

JUAN Bueno, pues basta de contemplaciones. Tus padres, óyelo bien, tus padres han decidido que te cases con Rigoberto.

GEN. Sí, hija mía.

ASUN. ¡Pero, si yo no le quiero!

JUAN Eso no importa; ya le querrás.

ASUN. No, señor; yo no puedo querer á un hombre que ya no es joven, y que por añadidura es viudo dos veces.

GEN. Esas son preocupaciones.

JUAN Basta: si los informes de ese caballero son favorables, y comprendemos que puede hacerte feliz, te casarás con él de grado ó por fuerza.

ASUN. ¡Pues no, no y no! ¡Primero la muerte!

GEN. ¡Pero, niña!

ASUN. Yo haré todo lo posible porque él no me quiera, me pondré muy fea, le haré comprender que mi carácter es insoportable, y

en último extremo, le diré que tengo un novio y llegaré al escándalo.

GEN. (A Juan.) Y es muy capaz de todo eso.

JUAN ¡Asunción!... ¡Asunción! (A Genoveva.) Mira, vámonos, porque no voy á poder contenerme.

GEN. Sí, es mejor; está muy excitada y conviene dejarla sola.

JUAN (A Asunción.) Adiós... y piénsalo bien. O Rigoberto, ó te quedas para desnudar imágenes.

ASUN. Pues, ó Antolín, ó el claustro.

JUAN Bueno; pues monja, (Con gran energía.) pero descalza. Sí, señora, descalza. (Asunción llora.) Y cuidadito conmigo, y ojo con mi autoridad paterna.

GEN. ¡Pobrecita! Déjala que se desahogue.

JUAN ¿Más todavía? ¿Te parece que ha estado poco desahogada la niña? (Vanse por la primera izquierda.)

ESCENA IV

ASUNCIÓN sigue sollozando más fuerte. Luego ANTOLÍN, por la primera derecha, con blusa blanca y gorra y con papel y lápices en la mano

ASUN. (Pausa. Al cabo de un rato levanta la cabeza, se enjuga las lágrimas y dice con voz serena y resuelta:) Bueno: ¿y por qué he de llorar? No, señor. Aquí lo que hay que tomar es una resolución y no una sofoquina. Lo primero es enterar á Antolín de lo que sucede. (Va á la ventana segunda derecha.) ¡Antolín! ¡Antolín! ¡Sal aquí en seguida! (Baja al proscenio.) El es listo, me quiere mucho, y con seguridad se le ocurre algún medio para salir del apuro.

ANT. ¡Hola, vidita! ¿Hay alguna novedad?

ASUN. ¡Ay, Antolín! ¿no sabes lo que pasa?

ANT. ¡Ni una palabra!

ASUN. Acabo de tener una conferencia con mis padres y han decidido casarme...

ANT. Eso no me parece mal; nosotros también lo hemos decidido.

ASUN. Casarme con Rigoberto, el hermano de doña Teresa.

ANT. ¿El americano?

ASUN. Sí, señor; dicen que es una gran proporción.

ANT. Bueno; pero tú les habrás dicho...

ASUN. Absolutamente todo; he confesado nuestras relaciones, los propósitos que te animan, el porvenir á que aspiras...

ANT. ¿Y qué?

ASUN. Me han contestado que un hombre sin porvenir y sin presente, no puede aspirar á ser futuro.

ANT. Eso será en la gramática de tu padre, que altera los tiempos á su gusto, pero en la mía, resulto un *futuro pluscuamperfecto.*

ASUN. Tú dirás lo que quieras; pero el caso es que ese hombre ha llegado hoy, que va á pedir oficialmente mi mano...

ANT. No te apures, mujer; yo hablaré á tus padres.

ASUN. Todo será inútil; más de lo que yo les he dicho, no podrás tú decirles.

ANT. Pues entonces, apelaremos á los grandes recursos.

ASUN. ¿Qué recursos son esos?

ANT. El primero, la fuga.

ASUN. ¿Cómo la fuga?

ANT. Sí, hija mía. Ya sabes que tu tía Rita proteje nuestros amores, y que nos ha dicho mil veces que contemos con ella para todo.

ASUN. ¿Y qué?

ANT. Que hay que contarle lo que pasa. Valdemorillas está á una legua de aquí, de modo que es cuestión de un paseo.

ASUN. Sí, y de un escándalo.

ANT. No importa; si la cosa se pone mal, ese es el mejor medio para conseguir nuestro propósito. Yo te dejo en casa de la tía, y luego... ya veremos lo que hace tu padre al enterarse de nuestra partida.

ASUN. Darnos un *tute.*

ANT. ¡Quiá! El tute se lo doy yo á él, porque como conozco su juego, no puede fallarme; y luego, que como tu amor es el palo de

triunfo, y yo tengo tu amor, *arrastro*, y tienes que *seguirme*.

ASUN. Sí; pero lo probable es que mi padre nos siga también con otro palo cualquiera.

ANT. No; porque cuando él se aperciba, hemos hecho las diez de últimas y estamos fuera.

ASUN. Bonita jugada.

ANT. Toma; como que Rigoberto se queda zapatero.

ASUN. ¡Y seremos muy felices!

ANT. ¡Anda! ¡Una barbaridad!

ASUN. ¡Tonto! (Haciéndose mimos.)

ANT. ¡Monísima! (Quedan hablando en voz baja.)

ESCENA V

DICHOS, GENOVEVA y JUAN por la primera izquierda

GEN. (Sin fijarse en los chicos.) ¡Pobrecilla! ¿Se habrá tranquilizado ya?

JUAN (Viéndolos.) ¡Demonio! ¡Vaya si se ha tranquilizado. (Yendo á ellos.)

ANT. (¡Uy, el papá!)

JUAN ¿Qué hace usted aquí? (A Antolín.)

ANT. Pues... había salido á consultar á usted unos dibujos para el palo de copas, me encontré á Asunción, y estaba enseñándoselos.

JUAN A mi hija no tiene usted que enseñarle nada.

ASUN. Pero, papá, si es que...

JUAN ¡Adentro inmediatamente!... ¡Y á arreglarse un poco que esperamos visita!

ASUN. (¡Dios mío!)

JUAN ¡Vamos! y ya lo sabe usted... descalza. (Con imperioso acento. Vase Asunción por la primera izquierda, después de hacer señas á Antolín.)

ESCENA VI

GENOVEVA, JUAN y ANTOLÍN

JUAN Y en cuanto á usted, joven, (A Antolín.) es preciso que hablemos muy seriamente.

ANT. Me alegro mucho, porque yo también tenía que hablar con ustedes.

JUAN ¿Sí? Pues empiece usted.

ANT. No, usted primero.

JUAN Da lo mismo.

ANT. De ninguna manera; usted es el principal y yo debo ser el segundo.

JUAN Bueno, pues quería decirle á usted, que su conducta en esta casa no es todo lo correcta que yo esperaba.

GEN. (Aparte á Juan.) Así; con energía.

ANT. ¿Cómo?

JUAN Usted ha sido mirado aquí como de la familia; mi hermana Rita me lo recomendó á usted con verdadero interés y yo no he tenido inconveniente en utilizar sus servicios como dibujante. ¿No es así?

ANT. Exactamente.

JUAN Y usted, en vez de corresponder á esas atenciones, se ocupa en hacer el amor á nuestra hija.

ANT. No señor, al contrario.

GEN. ¿Cómo al contrario? ¿Se atreverá usted á decir que es nuestra hija?...

ANT. Digo que precisamente por corresponder á la protección que ustedes me dispensan, es por lo que amo á Asunción.

JUAN ¡Ah! ¿Sí?

ANT. Es natural; quiero que sigan ustedes mirándome como de la familia.

GEN. (A Juan.) Este es otro fresco.

JUAN Pues usted comprenderá que al extremo que han llegado las cosas y teniendo nuestra hija un pretendiente oficial, que es de nuestro gusto y de nuestra posición, no po-

demos consentir esas relaciones fraudulentas de que no teníamos noticia.

ANT. Es que yo debo advertir á ustedes que amo á Asunción, que ella me corresponde y que, fundado en esto, pensaba hablarles para solicitar oficialmente su mano.

JUAN ¡Qué descaro!

GEN. ¿Pero usted con qué cuenta para casarse?

ANT. Pues.. cuento con la novia, que es lo principal.

JUAN No, señor; lo principal es tener una posición, una renta, un medio de vivir.

ANT. ¿Y no le tengo yo? ¿No ejerzo una posición decorosa? ¿No disfruto un sueldo en esta fábrica?

JUAN No es bastante.

ANT. Ya lo sé; pero, eso puede usted arreglarlo perfectamente.

JUAN ¿Yo?

ANT. Me sube usted el sueldo hasta la cantidad que usted considere suficiente para vivir bien, y ya está todo arreglado.

JUAN (A Genoveva.) ¿Decías que era un fresco? Pues es más; ¡es un refresco!

GEN. Mire usted, Antolín; nosotros tenemos que mirar por el porvenir de nuestra hija. Figurémonos que se casan ustedes y que usted se muere al poco tiempo.

ANT. Señora, yo no puedo figurarme eso.

GEN. Hay que ponerse en todo. Figurémonos que usted se muere.

ANT. ¡Y dale!

GEN. ¿En qué situación queda nuestra hija por lo pronto?

ANT. Pues... por lo pronto, queda viuda.

GEN. Digo de intereses; porque al morir, usted deja de pintar.

ANT. ¡Me parece!

GEN. Pues calcule usted la situación de la pobre muchacha, sola y sin recursos.

ANT. Pero ¿y ustedes?

JUAN Nosotros al separarnos de nuestra hija, es para no ocuparnos ya de su porvenir. Por eso hemos pensado en Rigoberto que tiene

el capital suficiente para prevenir todas las contingencias.

ANT. Pero, señores, es que yo...

JUAN Basta. No hablemos más; espero que después de esta entrevista, desistirá usted de su proyecto.

ANT. ¡Nunca!

JUAN Pues me veré obligado á prescindir de sus servicios en esta fábrica.

ANT. ¿Eso es echarme?

JUAN ¡Desde este momento!

ANT. ¿Pues sabe usted lo que le digo?

JUAN ¿Qué?

ANT. Que se está usted poniendo de una manera, ¡que no voy á tener más remedio que marcharme de la fábrica!

JUAN Hemos terminado; ya sabe usted mi última resolución.

ANT. Está bien; ustedes serán responsables de lo que ocurra. (Vase por la primera derecha.)

GEN. (A Juan.) Oye, ¿qué pensará hacer?

JUAN Que haga lo que quiera; ¡pues no faltaba más! (Vanse los dos por la primera izquierda.)

ESCENA VII

RUFINA acompañando á TERESA y RIGOBERTO que salen por el foro vestidos con ridícula elegancia. Rigoberto habla con acento americano muy meloso.

RUF. Pasen ustedes. Voy á avisarles. (Entra por la primera izquierda.)

RIG. (A Teresa.) Veo que no me has engañado; aquí se respira bienestar; se ve que hay plata.

TER. Mira, Rigoberto; si esta vez no sientas la cabeza y no te haces un porvenir, será porque no quieras. La familia está muy bien preparada por mí; la niña es un modelo; esta fábrica de cartas «Los cuatro palos», produce un dineral; todo esto será tuyo si olvidas tus locuras de siempre y ordenas tu conducta disipada.

RIG. Descuida, hija; siempre dije yo que con las

cartas haría mi fortuna. Además, estoy cansado de aquella vida de aventuras y sobresaltos, y aquí me propongo ser un modelito.

TER. Pues ya lo veremos. El caso es que no se enteren de tu vida en América, porque si se enteraran..

RIG. ¡Uy, las Pampas! ¡Si se enteraran!

TER. Calla, que ya salen.

ESCENA VIII

DICHOS, GENOVEVA, JUAN y RUFINA, que sale detrás de ellos y se va por el foro

GEN. ¡Tanto bueno por aquí! ¿Cómo están ustedes? (Besando á Teresa.)

RIG. ¡Muy bien!

TER. Tengo el gusto de presentarles á mi hermano Rigoberto, que ha llegado hoy, como les anuncié, y que viene con la natural impaciencia por conocerles y saludarles.

JUAN (Saludándole.) Tantísimo gusto...

RIG. Igualmente, mi amigo; ¿cómo dise que le va?

JUAN Pues dise que le va bien.

GEN. Tomen ustedes asiento. (Se sientan todos.) ¿Y el viaje, qué tal? (A Rigoberto.)

RIG. Muy feliz, señora; únicamente dos tempestades, fuego á bordo, un descarrilamiento en tierra firme y un vuelquito en la diligencia.

JUAN ¡Caramba! ¿Y á eso lo llama usted un viajecito feliz?

RIG. Ya lo creo, mi amigo: ¿qué más felicidad que llegar sano, después de tanta peripecia?

TER. ¿Y la niña?

GEN. Por allá dentro, dedicada á sus labores; ahora saldrá.

RIG. Mi hermana ha hecho de ella grandes elogios.

GEN. Doña Teresa la favorece demasiado.

RIG. Y yo ansío conocerla, porque, de realizarse el proyecto que todos acariciamos, me hon-

raré mucho con ser uno de los *palos* de esta fábrica.

JUAN ¿Eh?

RIG. Quiero decir uno de los miembros de esta familia.

JUAN (Aparte á Genoveva.) ¿Has visto con qué delicadeza ha entrado en materia?

GEN. Nosotros tendremos mucho gusto en contribuir á la realización de esas aspiraciones.

RIG. ¡Ah! señora; el matrimonio es el estado normal del hombre; me encanta la tranquilidad de la familia, y siempre que me quedo viudo, parece que me falta algo.

JUAN ¡Claro! ¡La señora!

RIG. Algo que constituye mi segunda naturaleza.

JUAN Lo comprendo, sí, señor.

GEN. Y eso que hasta ahora ha sido usted bien poco afortunado.

RIG. ¡Ah, mi amiga! (Con tristeza cómica.) No me recuerde mis desventuras conyugales: he perdido dos tesoros inapreciables. (Enjugándose las lágrimas.)

JUAN ¿Se casó usted las dos veces en América?

RIG. Sí, amigo mío; mi primera esposa era guatemalteca, y la segunda de Tegucigalpa: dos prendas de inestimable valor; dos americanas elegantísimas. Cuando las perdí...

JUAN Se quedaría usted en mangas de camisa, digo, desconsolado.

RIG. Cuando me quedé solo y sin familia, se apoderó de mí la tristeza más espantosa... pensé en el suicidio, pero, acordándome de que en España tenía una hermana, realicé mi fortuna, la envié cuatro letras y... aquí me tienen ustedes.

JUAN (Aparte á Genoveva.) ¿Has oído? ¡Realizó su fortuna; la envió en letras!...

GEN. Pues nosotros celebraremos mucho que encuentre usted aquí lenitivo á sus dolores.

RIG. Y, ahora, que ya conocen ustedes mis proyectos, (Levantándose y con solemnidad.) tengo el honor de pedir á ustedes la mano de su preciosa hija... de su preciosa hija...

TER. (Por lo bajo.) Asunción.

RIG. Asunción... para que ocupe el tercer turno impar en la historia de mis afecciones conyugales.

GEN. Caballero, usted comprenderá que así, tan de repente..

JUAN Es preciso consultar á la interesada.

TER. Yo supongo que ustedes habrán adelantado á la niña la noticia de estos proyectos...

JUAN Sí, señora; pero no hemos adelantado nada.

RIG. ¿Eh?

GEN. Que lo hemos hecho de un modo indirecto.

JUAN Se lo hemos indicado así, con las vaguedades que exige su carácter tímido y candoroso.

TER. Ea, pues llamen ustedes á Asuncioncita y veremos la impresión que le produce el novio.

GEN. Con mucho gusto, sí señora. (Levantandose.)

RIG. Tengo verdadera ansiedad por conocerla.

JUAN Se comprende.. ya lo creo... es natural... (Aparte.) ¡Ay, Dios mío; ahora va á ser ella! (Alto.) Anda, Genoveva; vé á por la niña.

GEN. Voy, voy; con permiso de ustedes... (Llamando) Asunción... hija mía.. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA IX

TERESA, JUAN, RIGOBERTO. Luego GENOVEVA y ASUNCIÓN por la primera izquierda

JUAN Verán ustedes... no es porque sea mi hija; pero tiene un talento, una disposición para todo...

TER. Ya, ya se lo he dicho yo á éste.

JUAN Eso sí; en punto á educación nadie la gana.

ASUN. (Dentro.) ¡He dicho que no me da la gana!

TER. }
RIG. } ¡Eh!

JUAN (Alzando la voz y tosiendo para disimular.) Nadie... nadie la gana... ejem, ejem... Pero, ¿no vienes, Asunción? (A ellos.) Perdonen ustedes:

es tan trabajadora, que siempre está ocupada.

ASUN. (Dentro.) Es inútil que se empeñen ustedes.

TER.
RIG. } ¿Qué dice?

JUAN (Aparte.) (¡Si entro, la mato') (Sigue tosiendo.)

GEN. (Sacándola de la mano.) Anda, hija mia, no te hagas esperar.

JUAN (Yendo á la puerta.) Ven, monina. (Con fingida dulzura y cogiéndola de la mano.—Aparte) (Si nos haces quedar en ridículo, guay de tí... ¡guay!)

RIG. Señorita...

GEN. Mira, hija mía, don Rigoberto Rebolledo, á quien tantas ganas tenías de conocer. (Asunción hace un movimiento de disgusto; Juan tose.)

TER. Bien dicen que lo bueno se hace desear siempre. . (Yendo á besarla.) ¿Cómo estamos, querida?

ASUN. Regular; me duele un poco la cabeza. (Con indiferencia.)

RIG. ¡Ah! ¿Esta señorita padece de neuralgias?

ASUN. Con mucha frecuencia.

RIG. Yo me encargo de quitarle todas esas molestias.

ASUN. ¿Usted?... Lo dudo mucho.

RIG. Creo que ha de corresponderme ese honor, si usted no se opone á la realización de nuestros deseos.

TER. (Aparte á Genoveva.) Parece que la niña está preocupada.

GEN. La emoción natural.

JUAN Eso es; la natural .. emoción... Lo mismo me pasó á mí cuando fueron á pedir mi mano, digo, cuando fuí á pedir la mano de ésta.

RIG. (A Asunción.) Ya creo que tiene usted noticia de mis intenciones.

ASUN. ¿Quién, yo? No sé una palabra. (Don Juan vuelve á toser.)

RIG. Cuídese ese refrío, mi amigo (A Juan.)

JUAN Calle usted, por Dios: estoy fastidiado.

TER. Es conveniente que sude un poquito, don Juan.

JUAN ¡Sí... sí, señora!... ¡Ya sudo, ya sudo!

RIG. Decíamos...

GEN. Decíamos que este caballero acaba de hacernos el honor de pedir tu mano. (A Asunción.)

ASUN. ¿Mi mano? ¿Para qué?

RIG. Para que, agarrado á ella, me ayude usted á escalar el cielo de la felicidad conyugal.

JUAN Ya lo oyes, niña, se trata de un escalo... digo, de un matrimonio.

RIG. Solo me resta dibujar á usted...

JUAN (A Rigoberto.) Dibujitos no. (Asustado.)

GEN. No se meta usted en dibujos.

JUAN Tiempo habrá de eso.

TER. Pues ahora, (Levantándose.) y contando con el beneplácito de ustedes, voy á decirles que me he permitido invitar esta tarde en mi casa á varios amigos, á fin de solemnizar con una pequeña *soiree*, la llegada de mi hermano, y esperamos que nos honrarán con su presencia.

JUAN ¡No faltaba más!

GEN. ¡Ya lo creo!

RIG. Entonces, confiamos en que no se harán ustedes esperar. (Levantándose todos.)

GEN. El tiempo preciso para arreglarnos un poco.

TER. Traje de confianza: es una reunión familiar.

RIG. (A Asunción.) Señorita... tendré mucho gusto en proporcionar á usted la felicidad que por sus dotes merece.

ASUN. Muchas gracias. (Con sequedad.)

RIG. (A Teresa.) Observo algo extraño en mi prometida.

JUAN Adiós, amigos míos; hasta luego.

TER. No tardarán, ¿eh?

GEN. Dentro de un rato estamos allí. (Acompañándoles hasta la puerta del foro.)

TER. No se molesten, por Dios, nada de cumplidos.

JUAN No es molestia, señora. (Van hasta la puerta haciendo muchas cortesías y despidiendose con exageradas manifestaciones de afecto. Mientras, Asunción queda en escena paseándose, muy nerviosa, de un lado á otro.)

RIG. (Al mutis.) ¡Cuando digo que á esta muchacha le pasa algo!

ESCENA X

ASUNCIÓN, GENOVEVA y JUAN

ASUN. (Con rabia.) Ya estarán ustedes de contentos... ¿verdad?

GEN. ¿Cómo contentos? ¡Buena manera has tenido de recibir á tu prometido!

ASUN. Ni es mi prometido ni yo he prometido hacer nada por agradarle.

JUAN ¿Volvemos á las andadas? ¡A vestirte inmediatamente!

ASUN. Todo será inútil; estoy resuelta á no casarme con ese hombre.

JUAN Eso ya lo veremos; tú arreglate inmediatamente, y si no, yo te arreglaré. (Amenazador.)

ASUN. Pero...

JUAN (Con voz terrible.) ¡Adentro, y menos conversación! (Vase Asunción por la segunda izquierda.) Cuando un hombre de mi carácter manda una cosa, es preciso cumplirla sin vacilaciones y sin tropiezos. (Tropieza con la puerta al entrar en la primera izquierda. Genoveva le sigue.)

ESCENA XI

ANTOLÍN por el foro. Se ha quitado la blusa y lleva americana y sombrero hongo. Luego ASUNCIÓN, por la segunda izquierda

ANT. Valor, Antolín; no has de retroceder ahora. Todo está dispuesto; y si ella no se acobarda, el porvenir es nuestro. (Mirando á todas partes.) No hay nadie; ¿qué habrá ocurrido?... ¡Si pudiese hablarla! (Acercándose á la puerta segunda izquierda.) ¡Asunción, Asunción! (Llamando en voz baja y yendo á mirar con recelo á la primera izquierda.)

ASUN. (Saliendo.) ¡Ay, Antolín; te esperaba con impaciencia!

ANT. ¿Qué ha ocurrido?

ASUN. Que Rigoberto y su hermana dan una reunión en su casa para presentarme oficialmente, y que ahora mismo nos esperan.

ANT. Pues no irás.

ASUN. Es que mis papás ya se están vistiendo.

ANT. Pues se quedaron vestidos y sin novia, porque la novia, que eres tú... (Suena los dedos como indicando «que se las guilla».)

ASUN. ¿Qué quieres decir?

ANT. Que como tu padre me ha desahuciado por completo, arrojándome además de la fábrica, yo estoy dispuesto á irme, pero contigo.

ASUN. ¿Cómo?

ANT. Que yo soy libre, que el amor es libre, que la carretera está libre y que ahora mismo nos vamos á Valdemorillas.

ASUN. Pero, Antolín. .

ANT. He mandado un propio á tu tía Rita, y nos espera; tengo preparado un coche para tí, y un jaco que me servirá para darte escolta.

ASUN. Antolín, no me atrevo.

ANT. No tengas miedo; yo te acompaño, te dejo en casa de la tía y vuelvo á pedir perdón á tus padres, declarándome autor del rapto.

ASUN. ¡Ay, qué disgusto!

ANT. Si tú me quieres, no debes dudar un momento. Es la única manera de que seamos felices.

GEN. (Dentro.) ¡Asunción! ¿Estás ya?

ASUN. ¡María Santísima! (Apurada.)

ANT. ¿Ves? No hay tiempo que perder (Idem.)

ASUN. ¡Voy, mamá! (A la primera izquierda.)

ANT. Echate una carta, deja un abrigo escrito á tu padre, y vámonos.

ASUN ¿Qué dices?

ANT. Bueno, al revés, pero despacha pronto.

JUAN (Dentro.) ¿Estamos ya, niña?

ANT. Huye, muchacha.

ASUN Voy, voy en seguida. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XII

ANTOLÍN. Luego RUFINA

ANT. Por supuesto, que si salen y nos cogen antes de llegar al coche. . ¡se suplica el coche! Pero, en fin, ganemos tiempo. (Llamando por el foro.) ¡Rufina, Rufina, ven!

RUF. (Foro.) ¿Llamaba usted?

ANT. Ven aquí, y fíjate en lo que voy á decirte, para que lo hagas al pie de la letra. Ahora saldrá la señorita Asunción, te dará una carta para su padre, y tú se la das después de un rato al señor, diciendo, si te pregunta, que nos hemos ido de paseo; ¿te enteras?

RUF. Sí, señor; que la señorita Asunción me dará una carta, y que yo le diré á su padre, si me pregunta; que se vaya á paseo, ¿no es eso?

ANT. No, mujer; á ver si se te aclara la inteligencia. Toma un duro. (Dándole una moneda.)

RUF. ¿Qué hay qué hacer?

ANT. La señorita y yo nos vamos de paseo, y tú le entregas á don Juan una carta que te dará la señorita, ¿comprendes?

RUF. ¡Anda! Vaya si comprendo: ¡eso *quié* decir que yo me caso pronto con Melitón!

ANT. ¿Con Melitón?

RUF. ¡Jé, jé! Yo me entiendo... ¡Estamos *tóos* de enhorabuena, menos don *Rigoloberto*!

ESCENA XIII

DICHOS y ASUNCIÓN, con guardapolvo, sombrero y bolsa de viaje, por la segunda izquierda

ASUN. ¡Ya estoy dispuesta! (Asustada al ver á la chica.) ¡Rufina!

ANT. No tengas cuidado; ya está hablada y es nuestra. ¿Y la carta?

ASUN. La he dejado sobre la mesa.

ANT. Eso es mejor; ya la verán.

JUAN (Dentro.) ¡Asunción!
ANT. ¡Huyamos!
RUF. Pero, ¿dónde van ustedes?
ANT. Calla y síguenos. Acompaña á la señorita hasta el coche. Vamos. (Mutis por el foro y detrás Asunción y Rufina, esta última riendo mucho.)

ESCENA XIV

GENOVEVA y DON JUAN, ridículamente vestidos de «soirée» y poniéndose los guantes. Llevan muchas alhajas de pedrería. Luego un CRIADO

JUAN (Sale contoneándose por la primera izquierda y detrás Genoveva.) ¿Eh? ¿Qué tal?
GEN. Me parece que damos golpe.
JUAN Pero, esa niña, ¿qué hace?
GEN. (Acercándose á la puerta segunda izquierda.) Vamos, Asunción, que estaremos cayendo en falta.
CRIADO (Por el foro.) ¿Hay permiso?
JUAN Adelante.
CRIADO De parte doña Teresa, que ya está *tó* el mundo *reunío* y que sólo faltan *ustés*.
GEN. Diga usted que ahora mismo vamos; que la niña se está acabando de arreglar.
CRIADO Está bien.
JUAN Dentro de diez minutos estamos allí.
CRIADO A la paz de Dios. (Vase por el foro.)
JUAN Anda, mujer, (A Genoveva.) ayúdala. ¡Jesús qué niña de mis pecados!
GEN. (Entrando en la segunda izquierda.) Pero Asunción, ¿no estás todavía?
JUAN Esta muchacha me tiene muy escamado; estoy temblando de que me ponga en algún compromiso en casa de Rigoberto.

ESCENA XV

DICHO y RUFINA por el foro

JUAN Anda, Rufina, entra tú también á ayudar á la señorita Asunción.

RUF ¿La señorita Asunción? ¡Sí, sí, buen paso lleva!

JUAN ¿Qué dices, animal?

RUF. Que va carretera alante en un coche.

JUAN ¿Cómo?

GEN. (Dentro dando un grito.) ¡Ay!... ¡Ay, Dios mío!

JUAN ¿Pero qué ocurre? (Yendo á la segunda izquierda, á tiempo que sale Genoveva muy apurada y con una carta abierta en la mano.)

GEN. ¡Ay, Juan, qué desgracia tan grande!

JUAN Habla, ¿qué pasa? ¿y la chica?

GEN. ¡Toma, entérate! (Le da la carta.)

JUAN (Leyendo) «Me voy con el hombre que amo y que ha de ser mi esposo; pronto tendrán noticias mías.» (Aterrado.) ¡Jesús!

RUF. No se apuren: me han dicho que se iban de paseo.

JUAN ¡Pronto! Un caballo, un coche, una bicicleta... ¡la Guardia civil! (Paseándose muy agitado.)

GEN. ¡Calma, por Dios, Juan, no nos aturdamos!

RUF. Eso es lo que tienen ustedes que hacer; no aturdirse.

JUAN ¡Quítese usted de mi vista! (A Rufina.)

RUF. ¡Pero!...

JUAN ¡A la cocina! ¡Pronto!

RUF. Ya voy, ya voy. . (Aparte) (¡Anda Dios, cómo se han puesto! ¡Pues no creo yo que es pa tanto!) (Vase por el foro.)

ESCENA XVI

GENOVEVA y JUAN

GEN. ¿Y qué hacemos ahora?

JUAN Dar parte, salir en su busca...

GEN. ¿Dar parte? De ninguna manera; eso sería un escandalo en el pueblo.

JUAN ¿Y crees que vamos á poder ocultar la fuga?

GEN. Por lo menos procuraremos disimular hasta saber más noticias. ¡Bien te decía yo que el tal dibujante era un peligro!

JUAN Pues ese no dibuja más; yo te lo aseguro.

ESCENA XVII

DICHOS y RIGOBERTO por el foro

RIG. Pero, señores...

JUAN (Aparte.) (¡María Santísima!)

GEN. Ruego á usted que nos dispensen, pero... (Sin saber qué decir.)

RIG. Todo el mundo esperándoles, hasta que he dicho, vaya, pues yo mismo iré por ellos para tener el gusto de acompañarles.

JUAN Mil gracias; ¿para qué se ha molestado usted? Es que... verá usted... la niña...

GEN. Eso es, la niña... pues la niña... se ha sentido indispuesta repentinamente.

JUAN (Aparte.) ¡Hombre, buena idea!

RIG. Caramba, ¿pero es cosa de cuidado?

JUAN De bastante cuidado, sí señor.

GEN. No, no le crea usted. Este se asusta en seguida. No es nada grave; la cabeza, ¿sabe usted?

JUAN Justo, la cabeza; ¡tiene muy mala cabeza!

GEN. Padece de neuralgias y ha tenido que acostarse.

RIG. Pero eso habrá sido repentinamente.

JUAN Ahora mismo; estábamos acabando de vestirnos, y de pronto se ha ido.

RIG. ¿Eh?

JUAN Se ha ido á la cama. Se conoce que el dolor era tan fuerte...

RIG. ¡Caramba, caramba, qué contratiempo!... Pues voy, con su permiso, á casa á decir lo que ocurre, y aplazaremos para otro día la reunión, ¿no es eso?

GEN. Sí, es lo mejor.

RIG. Voy á despedir á la gente y nos vendremos aquí en seguida Teresa y yo, por si son necesarios nuestros servicios.

JUAN No, señor; ¿para qué van ustedes á molestarse?...

GEN. La cosa no parece de cuidado afortunadamente.

JUAN Bastamos nosotros...

RIG. ¡Ah! No, señora; en estas ocasiones los amigos nunca están demás...

JUAN (¡Vaya si están demás!)

RIG. Hasta ahora mismo. ¡Caramba, caramba! (Vase por el foro.)

ESCENA XVIII

GENOVEVA y JUAN

JUAN Este nos va á reventar con su interés.

GEN. El conflicto es horrible, porque no vamos á poder ocultar por mucho tiempo lo que sucede.

JUAN Por mucho tiempo no será, mujer. Ya ves que la carta dice: «Pronto tendrán noticias mías.»

GEN. Pero, ¿qué adelantamos con tener noticias? ¿Qué le decimos á esta gente?

JUAN No lo sé; pero yo, antes que confesar la verdad, soy capaz de cualquier cosa.

GEN. ¡Jesús, qué niña de mis pecados!

JUAN ¿Ves lo que son las recomendaciones de la familia? Si yo no hubiera hecho caso á mi hermana...

GEN. No será porque yo no te he llamado la atención antes de ahora.

JUAN ¿Y qué? Yo no puedo estar en todo.

GEN. ¡Si tú hubieras sabido ser padre!...

JUAN La niña está así por los mimos que tú la has dado.

GEN. Está así porque tú no te has ocupado nunca de su educación. (Alzando mucho la voz ambos.)

JUAN ¡Genoveva, no me chilles! (Amenazador.)

GEN. ¡Juan, no me alces el gallo! (Idem.)

ESCENA XIX

DICHOS, TERESA y RIGOBERTO por el foro

TER. ¿Pero qué voces son esas?

RIG. ¿Está peor la niña?

GEN. No, no es nada. (Disimulando.)

JUAN Discutíamos sobre la causa de su indisposición, precisamente.

RIG. Pues parece que regañaban ustedes.

JUAN Mi señora es tan... expresiva...

TER. Pobre Asunción... ¿pero qué ha sido eso? ¡Tan buena como la hemos visto hace un rato!

RIG. No, pues yo, francamente, había notado algo extraño en esa señorita... parece que estaba contrariada, nerviosa...

JUAN ¡Síntomas, síntomas del ataque!

TER. ¡Pobrecilla! Voy á verla. (Se dirige á la segunda izquierda.)

GEN. ¡No! (Rápidamente.) ¡No entre usted! (Deteniéndola.)

JUAN ¡Ahora está descansando y no conviene molestarla!

TER. Bueno; pues esperaremos. Ustedes vayan á lo que tengan que hacer, que nosotros venimos con propósito de quedarnos aquí esta noche.

JUAN ¿Eh? (Aterrado.)

RIG. ¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

TER. En ocasiones como esta es cuando se aprecia el grado de simpatías de las personas. No pueden ustedes figurarse el efecto que ha hecho entre los invitados á la reunión la noticia de la enfermedad de la niña.

RIG. ¡Ah, sí! Todos lo han sentido muchísimo.

TER. Y todos nos han dicho que vienen ahora mismo á enterarse de su estado, á ofrecerse á ustedes, á velarla si es preciso.

JUAN (Apuradísimo.) ¿Qué dice usted?

GEN. (Idem.) ¡Ay, Dios mío! (Rumores de voces dentro.)

TER. Mire usted; aquí vienen ya. (Dirigiéndose al foro.)

JUAN
GEN. } ¡María Santísima! (Con gran desaliento.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y cuatro SEÑORAS y cuatro CABALLEROS todos vestidos con ridícula elegancia

CONV. 1.ª ¡Mi señora doña Genoveva!
CONV. 1.º ¡Mi queridísimo don Juan!
CONV. 2.ª ¿Pero qué ha sido eso?
CONV. 2.º ¡Qué disgusto!
CONV. 3.ª ¡Qué contratiempo!
CONV. 3.º ¡Una cosa tan inesperada!
CONV. 4.ª ¡Pobre muchacha!
CONV. 4.º ¿Pero, qué es lo que tiene? (Rápidamente y con muchísimo interés todos estos bocadillos. Juan y Genoveva se pasean agitados. Los invitados, divididos en dos grupos, los persiguen respectivamente procurando tranquilizarles.)
RIG. ¡No se alarmen ustedes!
TER. Según dicen, es una jaqueca.
CONV. 1.ª ¡Ah! Pues para las jaquecas... unos pediluvios.
CONV. 2.ª Alcanfor.
CONV. 1.º Quina en las sienes.
CONV. 2.º ¡Antipirina, y nada más que antipirina!
CONV. 3.º Todo eso es Juana y Manuela; unas buenas friegas y se acabó. Si quieren ustedes yo me ofrezco. (Todos hablan á un tiempo.)
JUAN Señores, basta de recetas. ¡Se trata de curar una jaqueca y nos están ustedes armando otra mucho más grande! (Ya descompuesto.)
GEN. Agradecemos su interés, pero ya comprenderán ustedes que en estos casos se recomienda la tranquilidad, el silencio absoluto.
CONV. 1.º Nosotros hemos venido á pasar aquí la noche.
CONV. 3.º A quedarnos con ustedes.

JUAN (Fuera de sí.) ¡Ea! ¡Se acabó mi paciencia! ¡Con nosotros *no se queda* nadie!

TODOS ¿Cómo?

JUAN ¡Todo el mundo á su casa! ¡Para cuidar á la enferma, nos bastamos nosotros!

CONV. 1.ª / CONV. 1.º ¿Es que?...

JUAN ¡Fuera de aquí! (Con voz terrible.)

CONV. 1.ª ¡Ay, hijo!

CONV. 2.ª ¡Ave María Purísima!

CONV. 1.º ¡Valientes despachaderas!

CONV. 2.ª ¡Vaya, pues que se alivie la enferma!

GEN. Muchas gracias. (Todos se dirigen al foro hablando unos con otros. Genoveva los despide.)

GEN. (Cayendo en una silla) Ya no puedo más.

JUAN ¡Para cuándo son las muertes repentinas! (Cae anonadado sobre una silla, mientras el grupo de invitados se retira por el foro, haciendo comentarios. Teresa abanica á Genoveva. Rigoberto se acerca á don Juan.)

TER. (A Genoveva.) ¡Vamos, ánimo.

RIG. (A don Juan.) Tranquilícese, mi amigo; ya estamos solos. Nosotros no les abandonamos á ustedes.

TER. No, no les abandonamos. (Don Juan les dirige una mirada terrible; quiere arrojarse sobre Rigoberto, pero se domina en una transición cómlca y vuelve á caer en la silla, llevándose las manos á la cabeza con profunda desesperación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala elegante. Puertas al foro y dos en cada uno de los laterales. Sofá, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

GENOVEVA y DON JUAN, en la puerta del foro despidiendo á TERESA y RIGOBERTO

GEN. ¡Vayan ustedes con Dios!

JUAN Y muchas gracias.

TER. Volvemos en seguida, para que ustedes descansen un rato.

JUAN No, no hace falta.

GEN. ¿Para qué van ustedes á molestarse?..

RIG. ¡Vaya! Nosotros no les abandonamos en este trance. (Desaliento y contrariedad de don Juan)

TER. Hasta ahora. (Vanse.)

GEN. (Bajando á escena.) ¡Ay, gracias á Dios!

JUAN ¡Ea, pues no aguanto más; no, no, y no! En cuanto vuelvan, les insulto.

GEN. Pero comprende que lo hacen con la mejor intención; quieren acompañarnos; cuidar á nuestra hija, á la futura esposa de Rigoberto.

JUAN Sí; échale un galgo á la futura.

GEN. Esta calaverada de la niña nos ha hecho perder una proporción magnífica.

JUAN Además de ponernos en ridículo, porque si

ellos se enteran, como se enterarán al fin, de que en esa alcoba (Señalando á la segunda derecha.) no hay nadie, y de que lo de la enfermedad es un infundio, figúrate qué concepto formará de nosotros. ¡Una familia tan honrada! por que mi familia ha sido siempre muy honrada...

GEN. ¡Toma, y la mía también!

JUAN Sí, todos somos muy honrados, pero la chica no parece.

GEN. ¡Valiente noche nos han hecho pasar! Sin moverse de aquí ni un momento.

JUAN Y en la alcoba ni un quejido, ni una mala tos, ni... un ruido cualquiera.

GEN. Yo, entrando tazas de tila y azahar.

JUAN Y yo *azarado* aquí, entreteniéndolos cómo podía.

GEN. De esta noche hemos escapado bien, por milagro, gracias á que doña Teresa se quedó como un tronco en esa butaca.

JUAN Y á que el hermano se entusiasmó contándome sus aventuras en las Pampas...

GEN. Pero la situación es insostenible; ya has oído que van á volver para que descansemos.

JUAN Para que descansemos lo que hace falta es que no vuelvan.

GEN. Pero... ¿y cómo les echamos?

JUAN No lo sé. (Queda preocupado.)

GEN. A mí tampoco se me ocurre nada, pero hay que inventar algo.

JUAN Justamente. (Como encontrando una solución.)

GEN. ¿Qué? (Con gran ansiedad.)

JUAN Eso, que hay que inventar algo. (Pausa; quedan pensando.) ¿Tú has recibido un anónimo? (De pronto.)

GEN. Yo no.

JUAN Pues yo sí.

GEN. ¿Y de quién es el anónimo?

JUAN De un amigo; todos los anónimos son de un amigo que te quiere.

GEN. ¿Un amigo que me quiere? (Como recordando.) No caigo...

JUAN No, mujer, no seas torpe; ¡si á tí no puede quererte nadie! Si es á mí. Suponte que un

amigo que me quiere me escribe una carta y me dice, por ejemplo: «Sé que va usted á entregar su hija á Rigoberto, y es que usted, por lo visto, ignora que Rigoberto es un criminál terrible. que está reclamado por varios tribunales de América, y que, á su salida del Brasil, llevaba pendientes...

GEN. ¿Cómo? (Asombradísima.)

JUAN Llevaba pendientes cuatro procesos por falsificación y anarquismo. Los pendientes siguen procesos, digo, los procesos siguen pendientes. Un amigo que te quiere.» ¿Qué te parece?

GEN. ¡Una barbaridad!

JUAN No, mujer Porque si yo recibo esta carta, lo natural es que me alarme; que aplace el matrimonio hasta hacer las oportunas averiguaciones; me agarro al cable, llamo al cónsul, pregunto, inquiero, funciona el cable, se informa el cónsul, pido antecedentes del cable al cónsul, del cónsul al cable...

GEN. ¿Pero qué dices?

JUAN Con todas estas cosas, ganamos tiempo, parece nuestra hija, y luego hacemos lo que más nos convenga; sí, señor, decidido. (Medio mutis.)

GEN. ¿Dónde vas?

JUAN Al cable, digo, á escribir el anónimo.

GEN. ¿Pero y el conflicto presente? ¿Olvidas que dentro de un momento estarán aquí, y que ya no será posible ocultarles que en la alcoba no hay nadie?

JUAN Es verdad; en la alcoba tiene que haber alguien, y alguien malo.

GEN. Y alguien que pueda engañar á la gente.

JUAN Pues acuéstate tú.

GEN. Yo hago falta aquí para entretenerles.

JUAN Entonces.. (Dándose una palmada en la frente.) llama á Rufina.

GEN. Hombre, sí, me parece muy bien. ¡Rufina! (Llamándola por el foro.)

JUAN (Idem.) ¡Rufina! ¡Y eso que es tan animal la pobre!

GÉN. ¡Pero es muy dócil y hará todo lo que la mandemos!

ESCENA II

DICHOS y RUFINA por el foro

RUF. ¿Llamaban ustedes?
GEN. Sí, Rufina, ven acá.
JUAN Ven acá, Rufinita. (Muy cariñoso)
RUF. ¡Uy, Rufinita! (Aparte y algo sorprendida.)
JUAN Llevas sirviendo en casa muchos años.
RUF. Sí, señor.
GEN. ¿Te hemos tratado mal?
RUF. Al contrario; estoy muy agradecía.
JUAN ¿No sales por seis duros al mes?
GEN. ¿No sales todos los domingos?
JUAN ¿No sales á lo mejor con una gansada y no te reñimos? Pues entonces...
GEN. Pues á ver. .
RUF. Pero, señoritos, ¡si yo no me he quejado nunca!
JUAN Pues ese es el caso; que ahora vas á quejarte.
RUF. ¿Quién yo?... ¿Quejarme yo? ¿Es que quieren ustedes echarme?
JUAN Sí, señor, de eso se trata, de echarte; pero de echarte en la cama, y allí te quejas, te quejas todo lo que quieras.
RUF. Pero si yo no puedo quejarme de ustedes.
GEN. Que la estás haciendo un lío; no es eso.
JUAN Si es quejarte como si te doliera: ¡ay, ay, ay!
RUF. ¿Y eso pa qué?
GEN. Porque te has puesto mala.
JUAN Porque tienes que acostarte...
GEN. Y guardar cama unas cuantas horas.
JUAN Y guardar el secreto de lo que pasa.
RUF. ¿Pero qué pasa?
JUAN Pues que la señorita está mala y está en esa alcoba, (Segunda derecha.) y como se ha ido y no está en esa alcoba, tú te pones mala en esa alcoba, ya lo sabes.
GEN. Pero hombre, que la estás armando otro lío; yo te lo acabaré de explicar. Tú te acuestas hasta que vuelva la señorita.

RUF. ¡Ah! Comprendío.

JUAN Y como vendrá gente y les chocará no oír nada, tienes que quejarte para que vean que estás mala.

RUF. Basta, descuide usted, que no pararé de dar gritos.

JUAN No tanto, mujer. (Aparte.) Esta nos va á armar un escándalo.

GEN. Tú te quejas de vez en cuando; ya te avisaremos.

JUAN Eso es; á una frase convenida; por ejemplo; cuando oigas decir: «No se oye nada.» ¿Has entendido? Entonces es cuando debes quejarte.

GEN. ¿Te enteras?

RUF. Sí, señor; en cuanto oiga: «No se oye nada», ¡á chillar para que se oiga algo!

GEN. Ven á acostarte.

RUF. Pues si les parece á ustés avisaré á mi novio.

JUAN No, por Dios, que no se entere.

RUF. Es que va á entrar porque quería hablar á usted de los papeles pa casarnos.

JUAN Pues, déjale: yo me entenderé con él. Lo importante es que te acuestes.

GEN. Sí, que van á llegar. (Dirígense segunda derecha.)

JUAN Y ya lo sabes: «No se oye nada.»

RUF. (Gritando.) ¡Ay, ay, ay!

JUAN Bueno, eso... pero luego, cuando haya gente. (Mutis Rufina y Genoveva por la segunda derecha.)

ESCENA III

DICHO y MELITON, que entra por el foro mirando á todas partes con expresión de estúpido asombro

MEL. ¿Da usted su permiso?

JUAN Adelante.

MEL. Usted me desimule, señor, pero estaba ahí *juera asperando* á Rufina, y me ha *paecío* así como que gritaba.

JUAN ¡Chist! (Con misterio.)

MEL. Güeno, pero ¿gritaba?

JUAN ¡Chist! (Imponiendo silencio.)

MEL. ¿Qué le pasa á usted?

JUAN A mí nada.

MEL. ¿Y Rufina?

JUAN Grave, muy grave; fiebre, delirio, ataque repentino, cuarenta y nueve grados y cinco décimas. (Con gran importancia.)

MEL. ¿Eh?

JUAN Que se ha puesto mala.

MEL. ¿Pero de qué? (Asombradísimo.)

JUAN No lo sé; debe ser la rotura de un vaso.

MEL. ¿Y por esa tontería le ha dao fiebre? ¿Cuánto vale el vaso? (Metiendo mano al bolsillo.)

JUAN No seas animal; se trata de una enfermedad grave: la estomatitis.

MEL. (Después de una pausa rompe á llorar desesperadamente.) ¡Ay!

JUAN No te apures, hombre; mi mujer la ha acostado, ella la cuidará y verás cómo la salvamos.

MEL. Voy por el médico. (Medio mutis.)

JUAN No te molestes: (Deteniéndole.) ya está avisado.

MEL. Pero, ¿cómo le habrá dao eso tan de pronto?

JUAN Ahí verás; si no somos nadie.

MEL. Hace un momento la he visto en los talleres, y estaba muy alegre; tanto, que me ha dao un pellizco junto á la litografía.

JUAN Pues ya ves tú lo que son las cosas.

MEL. Calle usted, por Dios. (Llora fuerte.)

ESCENA IV

DICHOS y GENOVEVA, por la segunda derecha

GEN. Pero, ¿quién alborota de ese modo?

JUAN Ya lo ves: el pobre Melitón que se ha enterado de lo de su novia.

GEN. (Aparte á Juan.) ¿Qué le has dicho? (Melitón sigue llorando.)

JUAN (Aparte á Genoveva.) Que está en las últimas.

GEN. Eres atroz. (Alto y á Melitón.) No le hagas caso; ¡qué ganas de alarmar al muchacho.

JUAN Toma, pues algo había de inventar.

MEL. Yo quiero verla. (Dirigiéndose á la alcoba.)

JUAN De ningún modo. (Cogiéndole.)
GEN. Luego la verás: ahora está descansando.
JUAN Lo que vas á hacer es irte y no decir una palabra á nadie; confía en nosotros.
MEL. Pero es que...
GEN. Vete, que yo estoy al cuidado.
MEL. Es que quiero saber lo que dice el médico.
JUAN Bueno, pues cuando venga te enterarás. (Empujándole hacia el foro.)
MEL. (Yendo de pronto á la puerta de la alcoba y gritando.) ¡Adiós, Rufina! (Muy compungido.)
JUAN Calla, bruto.
GEN. Que la vas á despertar.
MEL. (Más fuerte.) Que te alivies, Rufina.
JUAN ¿Será imbécil? ¡Largo de aquí! (Empujándole hacia el foro á tiempo que salen Teresa y Rigoberto.)
MEL. (Llorando.) ¡Pobrecilla! (Mutis.)

ESCENA V

DICHOS, TERESA y RIGOBERTO

TER. ¿Se puede?
GEN. Adelante.
RIG. ¿Pero es que está peor?
JUAN No, no señor; está lo mismo.
TER. ¿Por qué llora ese mozo?
JUAN Es un criado antiguo de la casa y le ha hecho impresión la enfermedad de la niña.
TER. ¡Válgame Dios, y qué contratiempo! Pero, en fin, no hay que apurarse; ahora lo que ustedes necesitan es descansar.
RIG. Para eso venimos, y estamos aquí de refresco para relevar á ustedes.
JUAN De refresco, ¿eh? (Aparte.) ¡Pues nos ha reventado con el refresco!
GEN. Es demasiada molestia para ustedes.
RIG. ¿Quiere callar, mi amiga?
TER. Usted se acuesta ahora mismo.
GEN. ¿Yo?
RIG. (A don Juan.) Y usted se dirige también al lecho, pero inmediatamente.
JUAN ¡En seguidita!

TER. Nos dice usted lo que hay que dar á la enferma, y pueden ustedes descansar unas horas.

GEN. Imposible.

TER. ¿Es que dudan ustedes de mi interés?

RIG. ¿Nos consideran incapaces de asistir á un enfermo?

GEN. De ninguna manera, pero es que no queremos que se molesten.

TER. Vaya, vaya; no hablemos más, porque me enfadaré de veras.

JUAN (Aparte á Genoveva.) Retírate, no vayan á sospechar...

GEN. Pero, por Dios, si yo no necesito...

RIG. Acuéstese, acuéstese, que aquí estamos nosotros.

JUAN Anda, Genoveva, yo acompañaré á estos señores.

GEN. Vaya, pues con permiso de ustedes...

JUAN Y estate tranquila, que ya te avisaremos si ocurre algo.

GEN. Será cuestión de un momento; lo suficiente para descabezar el sueño.

TER. Lo que usted quiera; ya verá usted como no hace falta que se despierte.

GEN. (A Juan.) Juan, por Dios, mucho cuidado.

JUAN (Aparte.) No tengas miedo, que no los suelto. (Vase Genoveva por la primera derecha.)

ESCENA VI

JUAN, TERESA y RIGOBERTO

RIG. Y ahora, usted. (A Juan.)

JUAN Sí, señor; pero luego. Antes quiero tomar algo; siento así como debilidad.

TER. Claro, la mala noche.

JUAN Si les parece á ustedes, pasaremos al comedor á tomar el desayuno.

TER. Nosotros ya hemos despachado ese asunto. Vayan ustedes, que yo me quedo aquí al cuidado.

JUAN No. (Con rapidez y sequedad.)

TER. ¿Eh?

JUAN No... es conveniente: quiero consultar á ustedes un asunto de interés, y su presencia es necesaria. (A Teresa.)

TER. ¿Pero y si Asunción quiere algo?

JUAN Está dormida; por eso hay que aprovechar estos momentos.

RIG. Vamos allá. (Medio mutis.)

TER. (Aparte.) Aquí ocurre algo raro, y yo me he de enterar.

JUAN Pasen ustedes. (Aparte.) Ahora veremos lo que invento yo para entretener á éstos. (Vanse los tres por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

DON INDALECIO, que sale por el foro

Indalecio Sotillo y Calderete, médico titular de Valdemorillas hace catorce años; cabeza de turco en todos los disturbios político-administrativo-conyugales de la localidad y mediador indispensable en cuantos conflictos, averías é incidentes ocurren en cinco leguas á la redonda; ese soy yo. ¿Que hay elecciones? Don Indalecio, usted saca al candidato. ¿Que entra en quintas un mozo? Don Indalecio, usted tiene que darle por inútil; ¿Que se muere un enfermo? Don Indalecio es el responsable. ¿Que nace un chico? Don Indalecio tiene la culpa... y no, ¡caramba! que si yo me encuentro metido en todo es porque me llaman, porque me buscan, y porque soy muy débil. (Pausa corta.) Ayer me llama el secretario porque se había hecho un lío con las cuentas y cree que le falta una partida de mil pesetas, y al mismo tiempo viene á buscarme el Alcalde porque cree que le falta su mujer. Me paso la noche ajustando las cuentas al secretario y á la alcaldesa, y al final resulta lo mismo: que el secretario y el Alcalde se habían comido la partida, y que lo del uno era una falta de suma, y lo del otro

una falta... de vergüenza. Llego á mi casa jurando como siempre no volver á meterme en nada, y un recado urgente de doña Rita, mi mejor amiga, que me dice: «Don Indalecio: mi sobrina Asunción acaba de escaparse con el novio; está depositada en mi casa, y usted tiene que arreglar eso.—Señora, ¿y cómo arreglo yo eso?—Yendo inmediatamente á casa de sus padres; ya sabe usted que estoy mala y no puedo ir yo: usted va en mi nombre; les habla, les suplica, les convence, y consigue usted que los perdonen y que los casen; pero, á escape». Y aquí tienen ustedes á don Indalecio Sotillo y Calderete en uno de los casos más graves y de las consultas más difíciles que le han ocurrido en su vida profesional, como hábil componedor de todos los conflictos médico-quirúrgico-político-familiares. (Pausa.) ¡Pero, Indalecio, por qué te meterás en estos líos! (Dándose un capón.) En fin, ya no hay más remedio: ¿dónde estará esta gente?

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA TERESA; por la segunda izquierda

TER. He logrado escurrirme, á ver si averiguo lo que pasa. (Se dirige á la segunda derecha.)

IND. Una señora... A los piés de usted.

TER. (Viendo á Indalecio.) ¡Ah!... muy buenos días.

IND. (¿Será de la familia?)

TER. (¿Quién será este señor?)

IND. Soy don Indalecio Sotillo, médico titular...

TER. ¿El médico?... (Con alegría.) ¡Gracias á Dios! Tome usted asiento.

IND. Mil gracias... (Se sientan. Aparte.) ¿Quién será esta señora?

TER. ¿Ha llegado usted ahora mismo?

IND. Hace un ratito.

TER. ¿Y qué, ha visto usted á Asunción?

IND. (Dudando. Pausa.) (Diplomacia, Indalecio.) (Alto.) Sí, señora, la he visto.

TER. ¿Y qué? (Con ansiedad.)

IND. Usted perdone .. ¿es usted de la familia?

TER. Como si lo fuera; nos unen lazos de tal intimidad, que el accidente de Asunción lo he sentido yo tanto como sus padres.

IND. (Aparte.) Vamos, esta señora está en autos.

TER. A todos nos ha sorprendido mucho; una cosa tan rápida, tan inesperada.

IND. Sí, se comprende que tengan un disgusto muy grande.

TER. Momentos antes, parecía tan risueña, que nadie podía esperarse lo que iba á ocurrir.

IND. ¡Ah! ¡Señora! Es que estas cosas del corazón permanecen ocultas hasta que llega un momento...

TER. (Interrumpiendo.) ¡Ah! ¿Pero usted cree que el corazón está interesado?

IND. ¡Qué duda cabe! En el corazón tienen su origen todos estos trastornos que tanto perturban á las familias.

TER. ¿Luego usted considera que el caso es grave?

IND. Muy delicado, señora, muy delicado; tanto, que yo he sentido mucho ser el encargado de intervenir en esto.

TER. ¡Pero, Dios mío, qué disgusto para todos!

IND. Pues figúrese para mí lo violento que resultará el tener que hablar ahora á los padres.

TER. ¿Pero, va usted á decírselo ahora mismo?

IND. Ya lo creo; en casos como éste, cuanto más tiempo pase más se agrava la situación. Además, yo hago falta en mi pueblo, y tengo que marchar en seguida.

TER. ¿Y va usted á ser capaz de marcharse?

IND. Naturalmente; yo nada tengo que hacer aquí ya; al estado á que han llegado las cosas, y para tranquilidad de todos, el único que debe intervenir aquí es el cura.

TER. ¿Qué dice usted... el cura? (Alarmadísima.)

IND. El cura, sí, señora; el cura es el indicado.

TER. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande! ¡qué disgusto tan atroz! ¡Pobre don Juan, pobre Genoveva, pobre hermano mío!... ¡Esto es horrible, doctor, es horrible! (Muy agitada y descompuesta.)

IND. Cálmese usted, señora; no es para tanto, y menos para usted.

TER. ¡Cómo que no! ¿Pero usted no sabe que Asunción iba á casarse con mi hermano?

IND. ¿Que iba á casarse? (Suelta el trapo á reir, sin poderse contener, aunque procurando disimular.) Pues sí que es un pequeño contratiempo... pero, en fin, tranquílicese usted; ¡más vale que haya sido antes!

TER. (Aparte.) ¡Qué frescura! ¡Estos médicos son atroces!.. Claro, la costumbre de ver desgracias...

IND. Bueno, señora; ¿me hace usted el favor de avisar á los padres?

TER. De ninguna manera: ¡va á ser un escopetazo! Yo tengo que prepararlos antes Usted no tiene idea del efecto que puede hacerles la noticia.

IND. Lo comprendo, señora, pero, ya se harán cargo, de que, después de todo, es la mejor solución para que la chica no siga sufriendo.

TER. (Aparte.) ¡Qué barbaridad! ¡Pues vaya un consuelo que viene á traerles! (Alto.) Hágame usted el favor de no decir nada hasta que yo hable con ellos... Espere usted aquí.

IND. Señora, es que yo tengo que irme...

TER. Ni una palabra; yo los prepararé (¡Este tío, los mata del susto!) ¡Dios mío, qué desgracia! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

INDALECIO

Conque el hermano de esta... la otra con Antolín... los padres comprometidos... yo comprometido con doña Rita... pero, Indalecio, ¡cuando acabarás de meterte en estos líos!

ESCENA X

DICHOS y MELITÓN que sale por el foro llorando con fuertes berridos. Indalecio se asusta

MEL. ¿Se puede?

IND. ¿Qué le pasa á este hombre?

MEL. Señor *dotor*, yo soy un criao de la casa y aunque usté me dispense, lo he oido *to*.

IND. ¿Y qué has oido?

MEL. (Sigue llorando.) ¡Pues que el caso es muy grave y que hay que llamar al cura!

IND. Toma, ¿y á tí qué te importa?

MEL. ¡Cómo que no; si me iba á casar con ella! (Entre sollozos.)

IND. ¿Otro? (Espantado.) Pero, ¿con cuántos se iba á casar esa chica?

MEL. ¡Ya ve usted si es para desesperarse!... ¡Con lo que ella me quería y con lo que yo la quiero! ¡Pobre Rufina! (Sigue llorando cómicamente.)

IND. Pero, ¿quién es Rufina?

MEL. Toma, pues mi novia; la que está en esa alcoba, la del cura... (Abrazándole de pronto.) ¡Sálvela usted por Dios!

IND. Pero, ¿dices que en esa alcoba hay una enferma?

MEL. Pues claro.

IND. (Acercándose á la puerta.) ¿Aquí?... ¡Pues no se oye nada!

RUF. (Dentro.) ¡Ay, ay, ay! (Indalecio da un salto asustado.)

MEL. ¿Lo ve usted cómo se queja? (Llora.)

IND. (Que empieza á comprender.) Calma, calma, tranquilizate. (Aparte.) ¡Otro lío, Indalecio!... (A Melitón.) Vamos á ver; tu novia es una criada de la casa ¿verdad?

MEL. Sí, señor.

IND. ¿Y está enferma en esa alcoba?

MEL. Ahí mismo; en la alcoba de la señorita.

IND. ¿Y por qué se ha acostado ahí?

MEL. Porque, según el amo, se puso mala tan de repente, que no hubo tiempo de llevarla á

su cuarto. A mí me han encargao que no diga nada á *naide*, pero, claro que con usté no va eso.

IND. De modo que fueron los amos los que la metieron ahí y te encargaron que no digeras nada.

MEL. Eso es; sí, señor.

IND. Ya, ya, ya. (Sonriendo.) ¿Y qué te dijeron que tenía?

MEL. Aspere usted que me acuerde... (Pausa.) *Estomaguitis.*

IND. ¿Estoma qué?

MEL. *Esto ma* dicho; (Indalecio se rie.) y además que tenía muchos grados de calentura.

IND. ¿Muchos?

MEL. ¡Se acostó con cuarenta y nueve y cinco décimos!

IND. ¿Cinco décimos?... ¡Medio billete, vamos! Pues, mira, no te apures; tu novia no tiene nada.

MEL. ¿Eh?

IND. Yo la pongo buena en seguida y podrá levantarse dentro de un rato; pero, para eso, tienes que ayudarme.

MEL. De cabeza, sí, señor.

IND. Necesito ver á Rufina, (Mirando á todas partes con precaución.) pero sin que se entere nadie.

MEL. Pues venga usted por aquí; (Foro.) la alcoba tiene una puerta de escape que da al pasillo; usted entra, y yo me quedo al *cuidiao*.

IND. Perfectamente. Luego, nos vamos á la carretera donde me espera la señorita Asunción.

MEL. ¿La señorita Asunción?

IND. Anda, y no te ocupes de nada. (Al mutis.) Han dicho que está enferma para disimular su ausencia. . y ganar tiempo (Con orgullo.) ¡Ayudaremos á esta pobre familia! ¡Ahora, ahora es cuando va á prestar un verdadero servicio Indalecio Sotillo y Calderete! (Vase detrás de Melitón por el foro.)

ESCENA XI

TERESA, RIGOBERTO y DON JUAN por la segunda izquierda

JUAN — Pero, señora, (Asombrado.) ¿qué me está usted diciendo?

RIG. — No se descomponga, mi amigo, ¡quién sabe!

TER. — Eso le digo yo: el médico puede equivocarse.

JUAN — ¿El médico? (Aparte.) (Esto es cosa del bruto de Melitón.)

TER. — Yo, la verdad, no he querido ocultar á usted que el médico encuentra el caso desesperado.

JUAN — No puede ser.

TER. — ¿No?... Pues... ea, sépalo usted todo .. valor, amigo mío.

RIG. — Eso; ahorita es cuando hace falta el ánimo.

TER. — El médico ha llegado á decirme que su misión ha terminado y... (Sollozando.) ¡pobre don Juan!

JUAN — Acabe usted, señora.

TER. — (Haciendo señas á su hermano como diciendo que se prepare á sostenerle; ella hace igual.) ¡Y que lo que hace falta, (Muy emocionada.) es un sacerdote!

JUAN — (Dando un salto.) ¿Eh?

RIG. / TER. — ¡Por Dios!

JUAN — ¡Vaya! les digo á ustedes que no puede ser; déjenme ustedes en paz.

RIG. — ¡Pobre! ¡Le ha perturbado el dolor!

TER. — ¡Desgraciadamente es cierto; ha entrado, la ha visto, y me ha comunicado á mí sus tristes impresiones!

JUAN — ¿Que la ha visto? (Aparte.) ¿A que se ha puesto mala de veras esa animal? (Alto.) ¿A ver dónde está ese médico?

TER. — Aquí le dejé hace un momento. Supongo que volverá, porque él tenía mucho interés en hablar con ustedes.

JUAN — Bueno, pues avisen á mi mujer, porque es

preciso que esto termine y sepamos á qué atenernos.

TER. Voy, voy... ¡pobre doña Genoveva! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

JUAN y RIGOBERTO. Juan se pasea agitado

RIG. No se apure mi amigo; si con este disgusto no puede ocuparse de la fábrica, yo me pondré al frente de *Los cuatro palos*. (Aparte.) El caso es ver si saco algo.

JUAN Ustedes lo que deben hacer es irse á su casa, créame usted á mí... porque nos están ustedes dando una... prueba de cariño tan grande, que... ¡basta, basta ya, por Dios!

RIG. ¿Ahora? De ninguna manera.

ESCENA XIII

DICHOS. DOÑA TERESA y GENOVEVA por la primera derecha

GEN. Pero, Juan, ¿qué te parece lo que dice doña Teresa?

JUAN Una barbaridad.

TER. / RIG. ¿Cómo?

JUAN. Digo, una desgracia horrible, si fuera cierto; pero ya les he dicho yo que no puede ser... ¿verdad que no puede ser?

GEN. Eso creo yo.

RIG. ¡Pobre gente, caramba! El corazón se resiste siempre á creer las grandes amarguras. (Muy triste.)

JUAN (Aparte á Genoveva.) ¡Este tío es un sauce!

TER. Pues yo repito que el médico ha visto á Asunción, y la ha encontrado gravísima.

GEN. ¿Que ha visto á Asunción? Ea, pues salgamos de dudas. (Se dirige á la alcoba, seguida de Teresa y Rigoberto.)

JUAN (Aparte.) ¿Qué va á hacer mi mujer? (Asustado.)

TER. Eso es, entremos.

GEN. (Deteniéndose en la puerta.) Aguarden ustedes. (Hace una seña á Juan. Después de escuchar.) No se oye nada. (En voz alta. Pausa.)

JUAN (Aparte.) ¡Justo!.. ¡es la mejor prueba! (En voz alta y acercándose también á la puerta.) No se oye nada. (Recalcando.)

GEN. (Aparte á Juan y alarmada.) Oye, tú... ¡que no se oye nada!

JUAN (Aparte.) Se habrá dormido.

TER. ¡Dios mío! (Aterrada.) ¡Habrá ocurrido una desgracia!

ESCENA XIV

DICHOS y DON INDALECIO, que ha salido por el foro momentos antes y que contempla el grupo sin ser visto

IND. ¡Señores! (Todos se vuelven.)

TER. Ya está aquí el médico.

JUAN / GEN. ¡Don Indalecio!

TER. Puede usted hablar con libertad, ya les he preparado. (A Indalecio.)

JUAN (Con ansiedad.) ¿Es verdad que ha visto usted á mi hija? (Indalecio afirma.)

GEN. ¿Pero... á Asunción?

IND. Sí, señores; á eso he venido, á ver á la enferma. (Sonriendo y haciendo señas disimuladamente á Juan y Genoveva.)

TER. ¿Y no me dijo usted que estaba muy grave?

IND. Lo dije, sí señora, lo dije; pero por fortuna, y gracias á mí, (Recalcando mucho.) el peligro ha desaparecido.

RIG. (Muy contento.) ¿De veras?

JUAN (Aparte.) Pero, ¿qué dice este hombre? (Extrañadísimo.)

IND. Les aseguro á ustedes para su tranquilidad, que ya no hay cuidado, (Sigue haciendoles señas.) que ha habido un cambio favorable, (Recalcando mucho.) y que la enferma ya está fuera.

JUAN ¿Eh?

IND. Fuera de peligro. Tanto, que la he dicho que se levante.

TER. ¡Ay, qué alegría! ¡Vamos á verla! (Dirigiéndose segunda derecha.)

GEN. ¡No! (Deteniéndoles.)

JUAN ¡No! (Idem)

IND. ¿Y por qué no? Es natural que entren: ¿no les he dicho á ustedes que ya no hay peligro? (Siguen las señas que Juan no comprende.)

JUAN (Aparte á Genoveva.) Este señor ha venido á darnos la puntilla.

GEN. (Aparte á Juan.) Ya es imposible fingir más.

JUAN (Idem a Genoveva.) Tienes razón; hay hablar claro.

TER. Pero, señores, ¿qué ocurre aquí?

RIG. Eso digo yo; están pasando cosas muy extrañas que no me gustan, mi amigo. (A Juan.)

JUAN ¡Ea! Pues, mi amigo, va usted á saber toda la verdad.

IND. No .. (Más señas.) no se moleste usted.

JUAN (Imitando grotescamente las señas de Indalecio.) ¡Déjeme usted en paz de guiños. Van ustedes á enterarse de cómo está la enferma y dónde está la enferma... ¡Rufina! (Gritando.)

IND. (Aparte.) Vaya, pues no me ha entendido.

JUAN (Más fuerte.) ¡Rufina! (Acercándose á la segunda derecha.)

GEN. Rufina. (Idem íd.)

ESCENA XV

DICHOS y RUFINA, por el foro

RUF. ¿Qué manda usté, señor?

JUAN } ¡Pero Rufina! (Muy asombrados al ver que sale Rufina por el foro.)
GEN. }

JUAN ¿Dónde estabas?

RUF. Vengo de la botica, donde me mandó el *dotor* por la melecina que ha puesto buena á la señorita Asunción. (Con malicia.)

JUAN (Ya descompuesto.) ¡Pero, qué melecina ni qué narices! ¿Dónde está Asunción?

IND. (Aparte.) ¡Pero, qué imbécil! (A Juan.) ¿Dónde va á estar? ¡En la alcoba!

RUF. Acabando de vestirse.

JUAN (Ya frenético, se dirige á la segunda derecha, á tiempo que aparece en ella Asunción, que se ha dado muchos polvos y que sale vacilante y pasándose la mano por la frente.) ¡Acabemos de una vez! (La ve, y retrocede espantado y tropezando.)

ESCENA XVI

DICHOS y ASUNCIÓN, por la segunda derecha

GEN. (Corriendo á abrazarla.) ¡Hija mía!

JUAN (Encarándose con Indalecio.) ¿Pero, qué lío es este?

IND. (A Juan.) ¿No le he dicho á usted que lo había arreglado todo? (A Asunción.) ¿Cómo se encuentra usted?

ASUN. Ya estoy mucho mejor, casi bien; lo que me hace falta es que ustedes perdonen el mal rato que les he hecho pasar.

JUAN (Agarrando una silla.) Si no fuera mirando...

RIG. Pero, esa enfermedad...

ASUN. Esa enfermedad—sépanlo ustedes de una vez—es que yo estoy enamorada de otro hombre y no quería casarme con usted. (A Rigoberto.)

TER. Pues eso ha sido jugar con nosotros. (Muy ofendida.)

RIG. Ustedes se han burlado de mí, ¡caramba!

TER. Ya sospeché yo que todo era una farsa.

RIG. Y ustedes unos farsantes.

JUAN ¡Oiga usted, pampero! (Yéndose á él.)

IND. (Interviniendo.) Calma, señores: la cosa se explica perfectamente. Usted era el candidato; (A Rigoberto.) pero la niña tenía otro novio, y don Juan quería ganar tiempo para deshacer ese compromiso.

RIG. ¿Y quién es ese rival afortunado, dónde está?. . ¡Que yo le molesto... yo le perjudico!... (Irritadísimo cómicamente.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ANTOLÍN, por el foro

ANT. (Encarándose con Rigoberto.) ¡Yo soy!... ¿Qué hay?

RIG. ¿Usted? ¡Le mato como un *chancho*! (Se arranca detrás de Antolín, que huye despavorido, y que se oculta detrás de don Juan. Indalecio y Teresa detienen á Rigoberto.)

TER. ¡No te pierdas, por Dios!

JUAN (Cogiendo del cuello á Antolín.) ¡Venga usted acá, so pillo!

ANT. No se enfade usted... y no apriete, no apriete sin oirme. Lea usted esta carta que me ha dado su hermana. (Le entrega una carta.)

IND. Léala usted, don Juan; ella lo explicará todo.

JUAN A ver. (Leyendo.) «Mi amigo don Indalecio te habrá tranquilizado: perdona á tu hija y cásala con Antolín, que es un buen muchacho. Yo les doto. Además he recibido informes del americano.»

RIG. (Aparte á Teresa.) (Vámonos.) (Medio mutis. Con inquietud.)

IND. (A Rigoberto.) Aguarde usted, hombre. (Le detiene.)

JUAN (Leyendo.) «Huyó de América arruinado y lleno de deudas.»

GEN. ¿Y á eso lo llama usted realizar su fortuna?

RIG. Eso es una calumnia: no necesito justificarme... Vámonos, Teresa.

TER. Sí, vámonos. Ustedes se lo pierden. (Dirigiéndose al foro, con dignidad.)

RIG. No debemos tratar con esta gentecilla. (Mutis por el foro.)

JUAN ¿Gentecilla? (Indignado.)

GEN. ¡Adiós, Rostchild! (A Juan.) Este lo que quería era quedarse con la fábrica.

ANT. Sí, señor, venía solo por «*Los cuatro palos.*»

JUAN Pues no se va sin ellos. (Cogiendo el bastón á Indalecio y yendo al foro. Todos le contienen.)

GEN. Déjale; bien castigado va.

ANT Y ahora, don Juan, perdóneme usted, yo le prometo trabajar como una fiera: ya sabe usted que soy activo y emprendedor.

JUAN Ya lo creo, ¡demasiado!

GEN. Ea, pues á casarse y á ser felices.

ASUN. Gracias, mamá; ¡qué buena eres! (Besándola.)

IND. Y yo me vuelvo á Valdemorillas, donde seguramente habrá ocurrido algún nuevo lío, y estaré haciendo falta. Ya lo saben ustedes, en cuanto yo intervengo, arreglado todo.

JUAN ¡Ah! ¿Sí? Pues vamos á verlo. (Señalando al público.)

IND. ¿Qué hay que hacer? (Muy decidido.)

JUAN Ver si consigue usted que los señores concedan indulgencia á los autores.

IND. (Adelantándose.)
Indalecio Sotillo y Calderete
les suplica que aplaudan el juguete.

TELÓN

OBRAS DE GABRIEL MERINO

Pescar en seco.—Comedia en un acto y en verso.
Frutos coloniales.—Zarzuela íd. íd.
Curriyo el Esquilaor.—Parodia de *San Franco de Sena.*
La pequeña vía.—Revista.
Carambola rusa.—Zarzuela.
La Iluminada.—Parodia de *La Bruja.*
Timos conyugales.—Zarzuela.
¡Pum!—Juguete cómico-lírico.
Juzgado municipal.—Sainete lírico.
Redoble.—Juguete cómico en prosa.
Los Reyes Magos.—Bufonada cómico-lírica.
¿Quién es el calvo? (1).—Juguete lírico.
El día de la Ascensión (2).—Zarzuela.
Miss Erere.—Parodia de *Miss Helyett.*
Los juicios del día.—Sainete lírico.
Fantasía morisca.—Zarzuela.
La venida de Jesús ó la estrella con rabo (3).—Apropósito.
La del capotín ó con las manos en la masa.—Parodia de *La de San Quintín.*
Las hojas del calendario (4).—Revista cómico-lírica.
El muñeco.—Bufonada lírico-fantástica.
Los Africanistas (4).—(Tercera edición). Humorada en un acto y tres cuadros.
Cepa-Club (5).—Extravagancia en un acto y cinco cuadros.
Números primos.—Juguete cómico-lírico.
Academia de hipnotismo.—Juguete cómico-lírico.
Mancha, limpia... y da esplendor.—Parodia del drama *Mancha que limpia.*
La esposa del Señor.—Zarzuela cómica en un acto y en verso.

Tortilla al ron.—Zarzuela bufa en un acto y en verso.
Cerveza amarga.—Juguete cómico-lírico en un acto.
Plan de campaña.—Juguete cómico en un acto.
La cueva del lobo.—Zarzuela en un acto y tres cuadros.
Los adelantos del siglo.—Humorada en un acto y tres cuadros.
Los toros sueltos.—Zarzuela cómica (6).
El mentidero.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros (Segunda edición refundida) (4).
Sonambulismo.—Diálogo cómico en verso.
El paraiso perdido —Bufonada en un acto y tres cuadros (7)
El sueño de una noche de verano — Fantasía cómica (8).
El Rey de Lydia.—Comedia en un acto y en verso. (Segunda edición)
Cytrato?... ¡De ver será!—Parodia de *Cyrano de Bergerac* (8).
La feria de Sevilla.—Humorada en un acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Fruta del tiempo.—Apuntes para escribir una fantasía cómico-lírica-invernal en un acto dividido en cuatro cuadros y un prologo, en prosa y verso.
A cuarto y á dos!...—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros en verso parodia del drama lírico *La cara de Dios* (8).
El cuerno de oro.—Zarzuela cómica en un acto original, y en verso (9).
Pajarita de las nieves.—Comedia en un acto y en verso.
Electroterapia, humorada en un acto y tres cuadros, en verso, parodia de *Electra.*
La hermana de la Caridad, comedia en un acto y en verso.
El debut de la Ramírez, zarzuela cómica en un acto, original y en verso.
Sueño de invierno, fantasía cómico-lírica en un acto, cuatro cuadros, original, en verso y prosa.
Los cuatro palos, juguete cómico en dos actos y en prosa (8).

---

(1) En colaboración con D. Enrique Zumel. (2) Idem id. con don Salvador Granés. (3) Idem con Fernández Caballero (hijo). (4) Idem con López Marín. (5) Idem con Limendoux y Rojas. (6) Idem con Jiménez-Prieto. (7) Idem con Jackson Veyán. (8) Idem con Celso Lucio. (9) Idem con Calixto Navarro.

OBRAS DE CELSO LUCIO

Á vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de Flor.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aprecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Móstenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
Pepito (parodia de *Juan José.*)
El príncipe heredero
Las malas lenguas.
La marcha de Cádiz.
Los bandidos.
El juicio del año.
Los conejos.
El pobre diablo.
Los camarones.
La guardia amarilla.
¿Cytrato?... ¡De ver será!
El último chulo.
¡A cuarto y dos!...
El escalo.
María de los Ángeles.
Una estrella.
Juan y Manuela.
Los cuatro palos.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*